

Revista de Revistas

EL PONTIFICADO Y LA REVOLUCION DE MAYO, por el Pbro. Francisco Avellá. — Deshonesto es, intelectualmente hablando, el acto por el cual pretende alguien valerse de la ignorancia ajena para hacer comulgar al prójimo con ruedas de molino. La verdad, que es una porque desciende del Único, no puede ser vilmente prostituida ni disfrazada con ropajes engañosos sin volverse reo del pecado de escándalo, que puso en los labios del Maestro tan terrible anatema condenatorio.

No es otro el caso de un periódico porteño que ha dado cabida en sus columnas a un escrito ponzoñoso, inspirado en la más violenta inquina por la excomunión que ha lanzado la Santa Sede contra el comunismo y sus secuaces. Declámase allí contra el "espíritu regresivo y antipopular de la Iglesia de Roma"; se alude a los "propósitos divisionistas" del Vaticano; se afirma que el Santo Oficio ha estado "enfrentando siempre al progreso y mejoramiento humanos"... y todo ello por la condenación papal "de la filosofía materialista". Fuera poco esto y no pasaría de un ataque más o menos rudo si no descendiera el envenenado articulista a probar una tesis históricamente insostenible y falsa, y que condensa en otros tantos subtítulos: "Pío VII y León XII condenaron la Revolución de Mayo"; "Pío VII ordena traicionar a la Revolución"; "El Papa León XII ataca a los revolucionarios argentinos". Ni hubo tal condena ni existió ataque semejante.

En verdad, la emancipación americana colocó a la Santa Sede en una situación asaz delicada. Poder espiritual ante todo, reconocía como súbditos a todos los católicos, tanto de la metrópoli como de sus hijas emancipadas, las cuales en el lapso de tres siglos, en lo que atañe a sus asuntos eclesiásticos, habíanse comunicado con Roma solamente por medio y a través del Consejo de Indias. He aquí el Real Patronato, privilegio inherente a la persona (no a la soberanía) de los monarcas hispanos y que como principal elemento llevaba anejo el derecho de presentación a las dignidades vacantes de las iglesias de ultramar; a su vez se obligaba la corona a propagar la religión y sostener el culto. Que no siempre la potestad civil se mantuvo en sus justos límites sino que, al contrario, realizó con sobrada frecuencia avances e incursiones en el campo eclesiástico, es una amarga realidad y lo hizo basada en los principios de un César-papismo que resultó, al fin de cuentas, perjudicial a ambos poderes. El regalismo, que como doctrina se fué estructurando con la idea de que el monarca era vicario apostólico de la Iglesia en Indias y que más tarde sufrió la influencia de las pestilentes doctrinas del galicanismo, del jansenismo y de la enciclopedia, fué el mal que aquejó a la Iglesia en América. No vino el liberalismo a prestarle eficaz remedio, sino a agravarle más si cabe, ya que el francés, del cual fué prototipo el abate De Pradt, tendió al estado laico, y el español, cuyo corifeo fué Llorente, auspició la subordinación (no ya la unión) del altar al trono, de la mitra a la real corona. Regalista fueron los profesores universitarios y regalistas fueron miembros conspicuos de la clerecía americana y rioplatense.

Por donde, sin este antecedente del patronato, y del subido regalismo borbónico, mal se comprende, porque no se tiene en las manos la clave para inter-

prestarla, la situación difícil en que se vió el papado ante el hecho de la revolución americana.

En lo que al patronato se refiere, Fernando VII adoptó una posición de Intransigencia ante la Santa Sede, política ésta que fué apoyada por las grandes potencias europeas. Para el pontificado el problema era de orden político-religioso: si nombraba los obispos de América sin previa consulta real, desconocía el patronato, y si lo hacía conforme a éste, no aceptarían las nuevas naciones una imposición del trono hispano, del cual precisamente habíanse desligado.

Pero, aquí surge la cuestión: ¿Reconoció la Santa Sede la independencia de América? ¿Qué posición adoptó ante el hecho consumado? Conviene responder claramente a esta pregunta, ya que en este punto capital el escandalizado articulista pone el grito en el cielo y dejándose guiar exclusivamente por Mitre, autor mal informado en historia eclesiástica, llega a consecuencias absurdas y científicamente intolerables, a fuer de tendenciosas.

EL BREVE DE PIO VII

Breve fué, y no bula, como erradamente dice Mitre, el de Pío VII, fechado el 30 de enero de 1816. Sus antecedentes encuentran cabal explicación en el hecho de que obedeció a los aires de "legitimidad" que por entonces empezaron a soplar en la Europa de la Santa Alianza. Mal podía resignarse España a perder sus colonias ultramarinas y renunciar a sus derechos de patronato, legítimamente adquiridos; de aquí, entonces, que pretendiera valerse de todos los medios a su alcance a fin de evitar la sucesión inminente, aunque fuera apelando a la vía diplomática si las armas no daban seguridad de triunfo.

Por otra parte, los nuevos países que se iban constituyendo desmembrándose de la comunidad hispana, empezaron en seguida a desplegar su acción tendiente a conseguir de los gobiernos europeos el reconocimiento de su independencia.

¿Qué partido tomaría el Vaticano? Si complacía a la metrópoli, disgustaba a las naciones americanas, por cuyo bien espiritual era su deber preocuparse. Se deja ya entender cómo el problema presentaba una doble faz: política una, la otra religiosa; y ante él la Santa Sede veíase en la obligación de obrar sin herir las susceptibilidades del monarca español y atendiendo, a la vez, a las necesidades espirituales de las naciones americanas. Fernando VII, valiéndose de Vargas Laguna, su embajador en Roma, recabó del Papa un breve en el cual solicitase a los arzobispos, obispos y clero de América pusiesen su empeño en exhortar al pueblo cristiano a debida obediencia y fidelidad al rey. Su efecto fué nulo, puesto que la corona juzgó conveniente no darlo a conocer en América.

EL BREVE DE LEON XII

La Iglesia empezaba ya a sentir en carne propia las consecuencias de una revolución que la envolvió en su torbellino: obispos destituidos, sedes vacantes, clérigos rebeldes, introducción de escritos disolventes, brotes de heterodoxia, regalismo encaramado, relajación de la vida claustral..., he aquí el saldo que iba dejando el movimiento separatista, como el humo malsano de una tea incendiaria. Absorbíalo todo la política y la palabra "libertad", heredada de la revolución francesa, acariciaba las mentes y embriagaba con su regusto de una segura independencia.

No se emancipó, sin embargo, la joven América de Roma, ni se despojó de

sus hábitos de cristianismo, fuertemente adheridos a su alma por la acción prolongada de la España civilizadora.

Los deseos de acercamiento de los gobiernos americanos al centro de la cristiandad, eran cada vez mayores y, en lo que respecta al Río de la Plata, fray Pedro L. Pacheco, el 3 de septiembre de 1821, llegaba a Roma con el propósito de informar al Padre Santo de la verdadera situación por la que atravesaban, en lo eclesiástico, estas regiones. La revolución, por otra parte, pese a las tentativas del trono español, decidíase ya claramente en favor de los insurrectos. Pío VII, alarmado ante las voces que llegaban de ultramar, se propuso remediar el estado espiritual de los pueblos emancipados a espaldas del real patronato y del rey, y a ello obedeció, en último término, el envío de la Misión Muzzi. Era lo principal salvar los principios, aún granjeándose el descontento de una nación tan adicta al pontificado como era España. Pero ésta pugnaba con todas sus veras por cortar un acercamiento de las naciones americanas a la Santa Sede. El rey tozudamente insistía en sus títulos de legitimidad sobre el gobierno de las colonias, y el reconocimiento de la Independencia de éstas por parte del Vaticano implicaría la negación práctica del secular derecho de patronato. El problema, pues, quedaba en pie.

En 1823, Pío VII bajaba al sepulcro y le sucedía en la cátedra de Pedro, León XII, el cual, si bien al comienzo de su pontificado siguió la trayectoria legitimista de su antecesor, muy pronto la realidad afligente en América movió a abandonarla por completo.

¿Existió realmente el breve que se atribuye a León XII? Fuera de toda duda la respuesta es afirmativa, aun cuando haya habido serios historiadores que se empeñaron en negar su autenticidad. Está datada el 24 de Septiembre de 1824 y empieza con las palabras: "Etsi jam diu..." Examinando este documento se cae en seguida en la cuenta de que no es más que una reedición, con algunas variantes, del anterior breve de Pío VII y en él también aparece el doble aspecto político-religioso.

El embajador Vargas Laguna encargóse de conseguir del nuevo Papa (obediendo con ello expresas órdenes del gabinete de Madrid) el referido breve. Pero esta vez sus negaciones tropezaron en la intención pontificia de no comprometer su autoridad espiritual con alusiones del terreno político. El Papa quería dar al breve un sentido religioso, exhortando a los cristianos de América a permanecer fieles a su fe y a Roma, ya que estaba al tanto de los graves males (cuya descripción en él se hace) que los afligían. No podía, a la verdad, ser esto la complacencia de Vargas Laguna, que intentaba echar mano de la influencia papal como de un poderoso argumento para la fidelidad de los americanos a la persona de Fernando VII. Más de una vez insitió el embajador ante el pontífice para que incluyera en el breve una cláusula de sabor político y legitimista, la cual, si bien era del completo agrado del monarca, comprometía a aquél ante la América toda. Sus insistencias, a pesar de todo, tuvieron éxito. León XII accedió a su petición y el breve fué expedido en los términos solicitados por Vargas Laguna, aunque no agradara del todo a la corona porque en él no se exhortaba más explícitamente a la fidelidad al rey. Apareció en la "Gaceta" de Madrid del 10 de febrero de 1825, pero era tardé ya; en la batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824) las armas españolas habían sufrido en suelo americano la derrota definitiva.

No he de ocultar que este documento fué conocido en América y, a la verdad, no podía producirle buen efecto en circunstancias en que la emancipación no era aún hecho consumado. En Méjico, al menos, provocó una reclamación del delegado Vázquez (29 de enero de 1826), en la cual, después de mostrarse

admirado con los términos del breve, descendía a probar que la revolución mexicana era de independencia de España y no de ataque u oposición a la Santa Sede, ya que su propósito era mantenerse libre sin emanciparse de la religión católica, apostólica, romana.

La actitud del Papa, sin embargo, no iba dirigida al terreno político. Así lo prueba la repugnancia con que accedió a incluir en el breve la cláusula referida y más aún lo evidencian los hechos posteriores. El previó los efectos del comprometedor documento y procuró contrarrestarlos. He aquí lo que el 30 de agosto de 1925 decía al obispo de Mérida, Mons. Lasso:

"Pero a la verdad, Nos, por la naturaleza misma y hábito de nuestro ánimo... estamos muy lejos de mezclarnos de modo alguno en aquellos negocios que pertenecen al Estado político de las materias públicas...". Y el 29 de junio del mismo año había escrito al presidente de Méjico: "Nuestro carácter particular y la dignidad a que sin mérito fuimos elevados, exigen que no nos mezclemos en lo que de ninguna manera pertenece al régimen de la Iglesia...". Y si no fueran sinceros estos sentimientos, nunca se hubiera movido el Papa a nombrar obispos para Colombia, sin la real consulta, como en realidad lo hizo en mayo de 1827. Y ¿acaso no prueba esto que León XII expidió el breve bajo las constantes insistencias de Vargas Laguna y por temor al rompimiento con una nación tan benemérita de la Iglesia como España? Pero de esto, a afirmar que el Papa atacó o condenó la revolución de Mayo, media un abismo.

OTRAS RECTIFICACIONES

"Los hombres de Mayo —dice el articulista en cuestión— eran para la Santa Sede 'langostas devastadoras que salían de un tenebroso pozo... inmundicia sentina'. La mala fe en esta cita es por demás evidente; porque esas palabras ni iban dirigidas a los hombres de Mayo ni a los revolucionarios americanos. Ellas contienen, por el contrario, una alusión a las sociedades secretas, que indudablemente proliferaron por aquel entonces en el Nuevo Mundo. Véase el texto respectivo: "En su consecuencia no podemos menos de lamentarnos amargamente, ya observando la impunidad con que corre el desfreno y la licencia de los malvados; ya al notar cómo se prolonga y cunde el contagio de libros y folletos inendriados, en los que se deprimen, menosprecian y se intenta hacer odiosas ambas potestades eclesiástica y civil; ya, por último, *viendo salir, a la manera de langostas devastadoras, de un tenebroso pozo, esas juntas que se forman en la lobreguez de las tinieblas de los malos, de las cuales no dudamos afirmar, con San León Papa, que se concreta en ellas como en una inmensa sentina* cuanto hay y ha habido de más sacrilego y blasfemo en todas las sectas heréticas".

En otra parte añade: "Ayer, los prelados de América, incitados por la Santa Sede, declaraban que 'los independientes no tendrían sepultura y servirían de pasto a los perros y las aves' y aun se mandaba quitar la vida a los revolucionarios, cosa que podría hacerse impunemente 'porque eran anatémizados (sic) por anatematizados!, por la Iglesia'".

Puesto ya el articulista en el camino de aducir pruebas corroborativas de su falsa tesis, llega al extremo de falsear los hechos y los documentos. ¿En dónde ha encontrado tales declaraciones de los prelados americanos?

Mas no paran aquí las cosas. En la nota 4 nos da la definición siguiente: "Patronato es el derecho de un Estado a autorizar o rechazar los documentos y nombramiento emanados del Vaticano que deben tener efecto en el territorio en en que se ejerce su soberanía". Era el Real Patronato una concesión graciosa, hecha a la persona de los reyes, y cuyo principal elemento lo constituía el derecho

de presentación para las dignidades de América: por su parte, se abligaba a la corona a ocuparse en la dilatación e incremento de la fe cristiana. El "placet" previo (que es a lo que ayuda aquella definición) fué en realidad un abuso y un avance de tinte regalista.

El escritor de referencia demuestra andar trasnochado en la ciencia histórica, ya que se informa exclusivamente, en lo que atañe a la parte eclesiástica, en Mitre, que escribió respirando una atmósfera de denso liberalismo. Fundamentales estudios se han llevado a cabo sobre el tema siendo los más sobresalientes los de Legón, Medina Ascencio y especialmente del eruditísimo P. Pedro Leturia, S. J.

Quiero terminar ya estas breves anotaciones haciendo la observación de que no es ésta la primera vez que tales ineaxctitudes históricas corren impresas. Ricardo Levene, en sus tantas veces editadas "Lecciones de historia argentina", tomo II, página 274 de la 16ª edición, dice así: "El Papa hizo entonces su obra por medio de la Iglesia, ordenando a los sacerdotes americanos que abrazaran la causa del rey, bajo pena de quedar excomulgados. Los miembros de la Iglesia americana no prestaron oído a este llamado del superior; quedaron, pues, excomulgados y desligados de la autoridad pontifical".

¡Y lo terrible y escandaloso es que ésta se tenga por verdad inconclusa en la escuela argentina! — (De "Boletín Oficial de la Diócesis de Tucumán", abril 30 de 1950).

EL ORIGEN FILOGENESICO DEL HOMBRE - *Estado científico actual de la cuestión.* — La tranquila posesión de la creencia en el origen del hombre tal como lo narra el Génesis, literalmente entendido, vino a ser perturbado en el mundo intelectual cristiano, con el advenimiento del transformismo en el siglo XIX. Este hecho no ocurrió, sin embargo, con faciidad. Lamarck, que tan decididamente había propuesto en su "Philosophie Zoologique" (1809) el origen transformístico de los animales, sólo al fin del libro como en apéndice, se atreve a sugerir la "posibilidad hipotética" de semejante origen para el hombre. Pero esa sugerencia, a una con todo el sistema transformista de Lamarck, fué, apenas aparecida, de tal modo apabullada por la dictatorial autoridad científica de Cuvier, que Darwin ni siquiera se hizo eco de ella, cuarenta años después, en su "The Origin of species" (1859); habiéndose precisado las audaces incitaciones, por la palabra y el ejemplo, de los Huxley y Haeckel, para decidirle a extender el transformismo también al hombre, como lo hizo en su libro "The descent of man" (1871). Esta extensión del transformismo al hombre, tan audazmente propuesta por Darwin y sus secuaces, puso súbitamente al rojo vivo la discusión encendida por Lamarck y apagada por Cuvier. La cuestión de las cuestiones" en la historia natural, por su aspecto biológico y filosófico, decía, por entonces T. Huxley, y, a principios del siglo actual, Delage y Goldsmith. "Se puede decir que, si toda la controversia acerca del origen de las especies tomó un carácter tan agudo, es, porque, en el término de la cuestión, se hallaba la conclusión necesaria sobre el origen del hombre. Por ella era, por esta cuestión, la más candente, la más dolorosa, por la que combatían los dos campos enemigos, y eso es lo que hizo que su victoria costase tantos esfuerzos a los transformistas. Pero esta victoria fué definitiva: el hombre sería en adelante, considerado, irrevocablemente, como el último eslabón de la evolución del mundo animal, producido por causas tan naturales como las que han precedido el nacimiento de las demás especies" (1).

(1) *Les Théories de l'évolution*, 1905, p. 5.

¿De veras la victoria fué definitiva? La verdad es que la inmensa mayoría de los naturalistas, desde fines del siglo pasado, se han adherido a la doctrina con más decisión que los mismos científicos; pero la totalidad de los filósofos y teólogos escolásticos han rechazado y rechazan, el origen transformístico del *hombre total*, es decir, del cuerpo y alma humanos. Respecto al origen animal del *cuerpo humano*, ya, desde los días de Darwin, comenzó a haber entre los mismos eclesiásticos (naturalistas, filósofos y teólogos), partidarios declarados de él: Mivart (1870), Leroy, O. P. (1891), Zaham, C. S. D. (1895), a los que alentaron, felicitándoles o declarando la admisibilidad teológica, filosófica y científica, sabios católicos como Monsabre, O. P., Lapparent, el Cardenal González, O. P., E. Wasmann, S. J.

A pesar de las manifestaciones de la Santa Sede, a fines del pasado siglo y principios de éste, desfavorables a la opinión afirmativa del origen animal del cuerpo humano, sus adherentes eclesiásticos declarados han ido en aumento durante los últimos cuarenta años. Enumeremos algunos: el naturalista Ruserkamp, S. J., quien declara en 1939 que está persuadido de su realidad desde 1910; los dos peleontólogos abates Bouyssonie, descubridores del esqueleto de la Chappelle-aux-Saints (1908), quienes, en el "Diction. de Théol. Cath." (1934), voz "Polygenisme", implícitamente basan la discusión del origen poligenésico del hombre sobre la existencia del zoogenésico; el paleontólogo T. de Chardin, S. J., co-descubridor del paleolítico chino y del *sinanthropus pekinensis*, quien, desde hace unos treinta años, viene defendiendo el origen zoológico del hombre, no sólo con convicción, sino con entusiasmo; los abates P. M. Perier y Humphery, S. T. Johnson, quienes, en sus respectivas obras, "Le transformisme, l'origine de l'homme et le dogme catholique" (1938), "The Bible and the early History of Mankind" (1943), dando por bien establecido científicamente el origen animal del hombre, se ocupan en conciliarlo con el dogma católico; el profesor de la Universidad Católica de Toulouse, F. Bergounioux, O. F. M., y el espeleólogo abate A. Glory, quienes en su obra "Les premiers hommes" (1943) hasta trazan la verosímil genealogía trasformística del hombre; el prehistoriador sacerdote H. Obermaier; los prof. P. de Saint-Seine, S. J., y E. Bone, S. J., quienes, en sendos artículos, aquél en "Construire XIV" (1944), éste en "Nouvelle Revue Théologique" (1947), dan por plenamente demostrativos del origen animal del hombre los argumentos paleontológicos; finalmente, el cardenal Lienart, quien, en un artículo, "Le chrétien devant les progrès de la science", publicado en "Etudes", diciembre 1947, se expresa así: "La paleontología ha logrado descubrir, mediante observaciones precisas, la historia de la vida. Más aún: ha comprendido su movimiento interno bajo el aspecto de una lenta evolución, que, a partir del estadio más rudimentario, ha producido seres cada vez más perfeccionados hasta terminar, en la persona del hombre, con el despertar del espíritu. Para ella, el hecho de la evolución, es decir, la transición de una a otra especie, y, por consiguiente, el del origen animal del cuerpo humano, se considera actualmente, como un hecho adquirido". A continuación, dando por bien establecido el hecho del origen del cuerpo humano, expone su conciliabilidad con lo que de él nos narra el Génesis y con los dogmas de la justicia primitiva, pecado original, religión universal, etc. (2).

No han faltado, es verdad, en estos últimos tiempos, ni faltan actualmente científicos eclesiásticos (v. gr. O. Huhn, J. Pujiula, S. J., etc.) que han levantado resueltamente su voz, coreada por naturalistas laicos, contra la admisión del

(2) Véase en el último Número Extraordinario de "Criterio", el comentario que el profesor Sacchetti hace en ocasión de la aparición de los libros del Cardenal Ruffini y del R. P. Marcozzi, profesor de la U. Gregoriana.

transformismo biológico en general y, especialmente, del antropológico en calidad de verdad *demostrada*, pero, aunque autorizados, son *tan escasos* frente a la multitud creciente de eclesiásticos y no eclesiásticos decididos, o simpatizantes, o neutrales, frente a la *hipótesis* zoontropogenésica, que hasta los mismos apologistas, teólogos y escrituristas han ido tomando una actitud meramente conciliatoria de dicha hipótesis con las tesis católicas.

Lógica y espontáneamente ante este panorama de opiniones, surge en nuestra mente esta pregunta: Los *datos científicos*, actualmente conocidos, ¿a favor de cuál de ellos están? "¿Obligan a admitir o a rechazar o a poner en duda" el hecho del origen animal del *cuerpo* (3) humano?

(Sigue una sucinta exposición de los datos científicos actualmente conocidos, pasando luego a la)

Conclusión final

Este conjunto de datos, aunque tan sintéticamente indicados, permite establecer las conclusiones fundamentales siguientes:

- a) los indicios síquico-rationales, síquico-sensitivos y sistemáticos están *en contra* de la derivación animal del cuerpo humano;
- b) los fisiológicos, anatómico-comparativos y embriológicos *la insinúan*;
- c) los paleontológicos, considerados los casos en conjunto, mejor diríamos en "confuso", *tienden a persuadirla*; pero "examinados uno a otro con todas sus circunstancias", dejan en el ánimo un serio retraimiento o escepticismo respecto a la "existencia" y, más aún, a la "forma de la escala filoantropogenésica" tal como hoy nos la presenta la ciencia prehistórica. Es decir, que aún no se puede dar por conseguida una "*demonstración*" científica del origen animal del cuerpo humano (4).

Por otra parte, como los descubrimientos paleontológicos de este siglo *han ido acrecentando más y más la posibilidad y verosimilitud de este hecho*, la actitud, científico y filosóficamente *más razonable*, es la apuntada por Su Santidad el Papa Pío XII, el 30 de diciembre de 1941, en el discurso pronunciado con ocasión del sexto aniversario de la academia pontificia de ciencias, ante los eminentísimos cardenales y excelentísimos representantes de las naciones extranjeras, socios de la academia, prelados de la curia romana y otros preclaros varones: "En lo alto de la escala de los vivientes, el hombre, dotado de un alma espiritual, fué por Dios colocado príncipe y soberano del reino animal. Las múltiples investigaciones, ya de la paleontología, ya de la biología y morfología, sobre otros problemas, concernientes al origen del hombre, *no han aportado hasta ahora nada positivamente claro y cierto*. No queda, pues, sino *dejar al porvenir* la respuesta a la cuestión de si algún día la ciencia, iluminada y guiada por la revelación, podrá dar *seguros y definitivos* resultados acerca de un argumento tan importante" (A. S. 33. 1941. — De *Sal Terre*, 1949. Santander, España).

(3) Subrayamos *cuerpo*, para que no haya ni asomo de duda de que sólo a él nos referimos, dado que el alma, como espíritu, no puede provenir por transformación de lo material, como lo demuestra, con evidencia, la filosofía, en consonancia con lo que sobre el origen y naturaleza del hombre enseña la teología. El alma es creada por Dios.

(4) Por lo tanto, según el autor del trabajo transcrito el origen animal del hombre, mantendrá al menos todo su valor de "hipótesis" científica, no desautorizada científicamente, antes al contrario, bien fundada, aunque no "demostrada".